

PRIMER ACTO

Arrodillada en la sala de su apartamento, Rafaela reza un rosario. Cae sobre ella una luz tenue, juega con la idea de ser un rayo del cielo pero está disimulada con iluminación frontal para no exagerar la noción del rayo divino.

Rafaela está en una postura que físicamente proyecta la idea de súplica; su voz proyecta a la vez una trizteza profunda. Se encuentra en un estado de ánimo al borde del quebranto, temblando a veces las palabras de sus oraciones.

Dios te salve,
A ti que amamos los desterrados
hijos de Eva
a ti suspiramos, gimiendo y llorando
en este valle de lágrimas.
Ea pues señora,
abogada nuestra
vuelve a nosotros esos tus ojos
misericordiosos.

Madre y señora
tu que todo lo puedes
toma en cuenta la salud
de esta tu hija que te venera
Apiádate de mi tristeza
de la miseria de mi espíritu
de lo indigna que soy
ante tu virtud.
Apiádate de tu hija
que te hace reverencia
que ha dedicado su vida a tí.

Rafaela se levanta lentamente, su movimiento físico también proyecta apatía y ese terrible cansancio que asociamos a la

SEMINARIO MULTIDISCIPLINARI
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE CIENCIAS
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE PIEDRAS

tristeza. Apaga la luz de la cocina y se retira hacia la luz que ilumina la puerta del dormitorio. El escenario en su totalidad se va a negro sugiriendo transición de tiempo.

El escenario desierto comienza a iluminarse progresivamente acompañado de los ruidos de la mañana. Cuando se estabiliza la iluminación para la escena, por el vestíbulo entra Rosa acompañada de Pedro que le ayuda con las maletas.

Ramón está sentado en un banco, ajeno un tanto a todo lo que sucede a su alrededor pues todavía está bajo los efectos del alcohol que tomó la noche anterior. Es el primero en divisar a Rosa que viene en compañía de Pedro.

Pedro es un negro corpulento, gentil ante la autoridad y considerado con los viejos, pero con suficiente carácter para poner subalternos en orden e intervenir en cualquier situación. Con algo sobrepeso, tiene el volumen físico y la musculatura que apoyan su confianza. A esta primera escena, Rafaela recién baja del ascensor y sirve de testigo a cierta distancia. (El diálogo se lleva a cabo a medida que Pedro trae maletas, cajas y uno que otro mueble de Rosa).

Ramón: (Con un aire desinhibido, curioso y algo vulgar que entona melodiosa y maliciosamente, al verlos venir les dice:)

- "Vecina nueva... ¡jum! (aparte)

Rosa: -El sufrimiento es sólo parte de la existencia; también nos corresponden ratos de felicidad y alegría.

Rafaela: -Por eso la invité a comer.

Rosa: -¿Cómo? ¿Por responsabilidad?

Rafaela: -Si, en parte...

Rosa: -Yo creía que usted había simpatizado con mi persona.

Rafaela: -Si usted se fija, yo dije si, en parte. Usted no me dejó terminar.

Rosa: -Excúseme, es que a veces soy algo impulsiva.

Rafaela: -Iba a decir que además de la buena voluntad, también está la simpatía. Todos necesitamos algo de compañía y tenerla finalmente es como una bendición.

Rosa: -Pero este lugar es inmenso Rafaela; viven cerca de 400 personas. No había hecho usted amistades antes.

Rafaela: -Pocos conocidos; aquí la gente se encierra en sus apartamentos y no quieren salir. Han habido asaltos y yo con mis dolamas prefiero quedarme en casa.

Rosa: - Que cosa extraña. Estando tan cerca
y la gente se relacione tan poco.

Rafaela: - ¿Para que sirven los viejos si
no para contarse sus achaques; y
a quién le gusta oír los achaques de
los demás.

Rosa: - Bueno, eso no es lo único para
compartir, también hay buenos ratos.

Rafaela: - ¿Qué buenos ratos?

Rosa: - Fíjese la ayuda que me dieron los
dos vecinos, ¿cómo se llaman?

Rafaela: - Ramón y Ricardo, y usted debe
aprender a ser más desconfiada.
A ese Ramón le dicen el "guayo",
de lo áspero y grosero que es con
las vecinas.

Rosa: - Conmigo fué lo más simpático, me
echó una flor, no muy delicada, pero
al fin, a esta edad son escasas.

Rafaela: - Es un borracho, fresco. Y el otro,
Ricardo, con su mirada triste de
carnero degollado. Todos andan
detrás de lo mismo.

Rosa: - Caray Rafaela, me resisto a creer que sea tan severa, ¿usted no tiene ratos de humor?

Rafaela: - Yo, gracias a Dios, he encontrado en la religión mi gran consuelo. Predicar la palabra del Señor es mi momento más feliz.

Rosa: - A ver, cuéntame.

Rafaela: - Cuando hablo con el verbo del señor siento que me transformo. Usualmente yo soy una persona tímida, con mucho miedo. Cuando predico, soy todo fortaleza y seguridad. No importa que me cierren puertas; voy protegida por el manto del Señor y nada me afecta.

Rosa: - ¡Que interesante! Pero Rafaela, cuéntame de ti, de tu persona.

Rafaela: - Toda mi vida he estado sola; mis padres peleaban mucho porque él bebía. Le pegaba a mi madre y a mi se me acercó más de una vez con intención de pecado.

Cuando jovencita me mandaron a vivir en casa de una tía. Ella también me enseñó a repudiar a los hombres, por brutos y desconsiderados.

Rosa: -¿Tuviste alguna mala experiencia?

Rafaela: - No me he permitido malas experiencias.

Rosa: -¿Nunca te enamoraste?

Rafaela: - De Cristo, el maestro.

Rosa: (Asombrada) ¿Nada más?

Rafaela: -Escasamente me acuerdo de un romance que tuve de adolescente. Un joven me pretendía, rondaba la casa de mi tía. Cada vez que se acercaba me escondía detrás de las ventanas para que no me viera.

Rosa: - ¿Qué edad tenías?

Rafaela: - Unos quince o diez y seis años; pero no me sabía enamorar. Con todo lo que había visto en mi casa, no quería llegar a grande.

Rosa: - Entonces te apareció un novio.

Rafaela: - Julio estuvo paseándose por meses bajo el farol cerca de la casa esperando una señal de mi parte.

Si no recuerdo mal, era hijo de la sirvienta en la casa donde mi tía planchaba. Comenzó a ganarme con su insistencia; el sábado en la noche que permaneció bajo el farol bajo un aguacero me convenció. El domingo después le hablé después de misa.

Rosa: - Está como ñe novela (le comenta con un toque de humor).

Rafaela: - No se burle doña Rosa; son recuerdos que no he compartido con nadie.

Rosa: - Perdone usted, es que el primer amor resulta siempre tan romántico. Con los años es casi inevitable verlo con algo de gracia.

Rafaela: - El único amor, y se pierde en la guerra.

Rosa: - ¿Hubo intimidad entre ustedes?

Rafaela: -Doña Rosa, por favor, siempre fué un hombre respetuoso. Me habló de fugarnos juntos antes de irse a la guerra; usted sabe que entre los pobres eso de boda no siempre se da. Pero sus intenciones eran buenas.

Rosa: - ¿Y usted...?

Rafaela: -Yo, nada. La castidad siempre la he llevado en alto. Mi tía tampoco simpatizaba mucho con el muchacho; era de nuestro mismo vecindario y tía decía que tenía que conseguir algo mejor.

Rosa: -Y se fue a la guerra sin que volviese a saber de él.

Rafaela: -Promesas de amor que conservo prendadas al pecho.

Rosa: -¿Y le sirven de consuelo?

Rafaela: -¿Quizás?

Rosa: -Mi curiosidad será mi perdición.

Rafaela: -¿No se ha hecho usted más tranquila con los años?

Rosa: De cierto modo si; pero la mente

no tiene porqué ser tranquila; siempre he tenido curiosidad incontenible.

Rafaela: - Hay muchas cosas que no tienen explicación.

Rosa: -¿Por ejemplo?

Rafaela: - Las divinas; las que aceptamos por fe ante la grandeza del Señor. La creación, el origen del hombre, el milagro de la concepción, la divinidad Cristo.

Rosa: -Las cosas de fe yo no las discuto. Pero el mundo y la gente deben ser tema de discusión.

Rafaela: - De seguro que también tiene usted sus ideas políticas.

Rosa: -Claro que las tengo; ¿es un derecho, no? Pero yo soy de las que mantienen sus posiciones calladas. Tengo mis convicciones y me gusta votar; pero no le voy a hacer campaña, no se preocupe.

Rafaela: -En este edificio la política es la orden del día. Si camina usted por

los pasillos se dará cuenta de la cantidad de propaganda pegada a las puertas.

Rosa: - (Con algo de humor)-Están divididos entre azules, rojos, amarillos y blancos.

Rafaela: (Sin caer en cuenta)-Amarillo y blanco no son colores de ningún partido.

Rosa: -Rafaela, me sorprende de usted, son los colores del partido del Papa.

Rafaela: (Ahora si cae en cuenta de la broma y no le gusta mucho, por lo que responde algo molesta). El Papa no tiene ningún partido; el vaticano es un estado con su bandera como cualquier otro país.

Rosa: -Estaba bromeando Rafaela, por lo que he podido ver, los rótulos en las puertas se dividen entre políticos y religiosos.

Rafaela: -Así es; el Señor está presente en muchos hogares de este residencial

Rosa: -Pues debería hacer algo para que la gente practique la religión con el vecino.

Rafaela: (Algo molesta) Usted tiene ideas muy extrañas acerca de la religión y el Señor.

Rosa: (Haciéndose la despistada) ¿Qué Señor? (antes de que su vecina tenga oportunidad de reponerse al humor con que le responde, añade) Estoy bromeando Rafaela, no me haga caso. La realidad es que me siento cansada, ha sido un día lleno de ajetreos (mirando su reloj). Con razón, ya son casi las diez.

Rafaela: - No es tan tarde.

Rosa: - La compañía y la conversación han sido muy agradables, pero ya debo ir retirándome.

Rafaela: - Yo podría seguir conversando un rato más, pero ya tendremos tiempo para más.

Rosa: -Mucho tiempo, espero. (Lo dice a medida que se mueve hacia la puerta).

Buenas noches, Rafaela...que descanse.

Rafaela: -Buenas noches Rosa, usted también.

A medida que las luces se van apagando cada una se retira a sus respectivas habitaciones.

Rosa entra por el corredor, con una marcada expresión de angustia, cargando el peso de un problema. Se acerca a la puerta del apartamento de Rafaela, va a tocar a su puerta, pero se arrepiente y camina en dirección a su puerta. Rafaela, hipersensitiva a todos los sonidos que vienen del pasillo, confirma la presencia de Rosa cuando ésta saca el llavero de la cartera y se apresta a abrir su reja.

Rafaela: -Doña Rosa, ¿qué le pasa que está usted líbida, blanca como un papel? Se siente usted mal.
(Notando que Rosa trae una carta abierta en la mano) ¿Malas noticias?

Rosa: ¡Ay, Rafaela, qué noticias! Mi hijo ha tenido un derrame cerebral.

Rafaela: Dios y Señor, ayúdala.

Rosa: Han estado tratando de llamarme, pero como todavía no me lo han instalado... lo tienen en intensivo.

Rafaela: -¿Qué va usted a hacer?

Rosa: - Tengo que ver si mis ahorritos me alcanzan para salir de inmediato.

Rafaela: -¿Está usted segura de que eso es lo que debe hacer?

Rosa: -Rafaela, es mi hijo; tiene 45 años y está en peligro de quedar incapacitado. ¿Qué cree usted que puedo hacer?

Rafaela: -En un momento como éste, tener calma. Acogerse al consuelo divino.

Rosa: -¡Ojalá fuera suficiente!

Rafaela: -¿Qué dice la carta, quiere llamar desde mi teléfono?

Rosa: Si eso, llamar desde su teléfono.

Rosa sale presurosa al apartamento de Rafaela sin traer consigo el teléfono de su hijo. Cuando va a discar cae en cuenta de la omisión y va a su apartamento a buscarlo. Cuando finalmente logra comunicación le responde una grabación con la voz de su yerna.

Rosa: -Debí suponer que estarían en el hospital... Dios mio, (hablando consigo misma) Jazmina, ¿cómo no había

pensado en ella? ¿Qué va a hacer ante todo esto? (todavía con el teléfono en la mano).

Rafaela: -¿No hay noticias, Rosa?

¿Quién es Jazmina?

Rosa: (Enganchando el receptor y comenzando a pensar en las complicaciones que la nueva situación le presenta). -No están en la casa. Jazmina es mi yerna.

Rafaela: -Nunca me había hablado de ella.

Rosa: -Uno tiende a no pensar en las cosas menos agradables.

Rafaela: -¿Tiene problemas con ella?

Rosa: -Jazmina es una de esas niñas bien; acostumbrada a todo lo mejor y con la idea de que todo se lo merece.

Rafaela: -Y a su hijo le gusta.

Rosa: - El ve en ella otras cosas, Rafaela. Su dicha ha sido tenerla como a una princesa.

Rafaela: -¿Tiene los medios para eso?

Rosa: -Mi hijo trabaja con una de esas grandes compañías y gana bastante.

Rafaela: -¿Y porqué no vive usted con él?

Rosa: -No le digo de mi nuera; con un carácter como el de ella se me hace muy difícil congeniar. Lo hemos tratado, pero no dió resultado. Por eso me mudé yo aquí, deseando tener privacidad, para dejar que cada cual viva como quiera.

Rafaela: -¿Y ahora?

Rosa: -Ahora no sé lo que va a pasar. Mi primer impulso es de viajar inmediatamente pero, no creo que cuente con los medios y no se cómo van a recibirme.

Rafaela: -Si yo tuviera ese dinerito se lo daba de inmediato, pero usted sabe lo que es vivir del seguro social.

Rosa: -No me atrevo a pedir que me manden el pasaje.

Rafaela: -Me parece que lo único que puede hacer es esperar con paciencia. El Señor decidirá cuál es el mejor camino.

Rosa: -Rafaela, (agitada) yo no me puedo sentar a esperar. Tengo que hacer algo.

Rafaela: - Claro, claro, pero si la situación es así con su yerna,...

Rosa: - No me lo anticipe, por favor.
(Preocupada y algo molesta)

Rafaela: -Hay que ver la realidad, doña Rosa, aún en los momentos de dolor.

Rosa: -(Molesta) Hay momentos y hay momentos, Rafaela.

Rafaela: -Es cierto, pero ante una situación como esta, hay que pensar en todo. Usted apenas tiene unas semanas de estar aquí; imagínese otra mudanza.

Rosa: -Vamos a tratar de llamar de nuevo. Tengo que comunicarme. (Vuelve a discar y recibe de nuevo el mensaje grabado). Otra vez el mensaje. Quizá debo llamar a información y preguntar por los hospitales que quedan cerca de la casa.

Rafaela: -No es muy complicado.

Rosa: -Nada es complicado cuando la salud de los hijos está por medio. (Disca el 123) ¡Haló!, Operadora, es una emergencia, estoy tratando de conseguir los teléfonos de los hospitales en el área de Tampa, Florida, ¿usted me puede ayudar, por favor?

Rosa insiste en la comunicación a medida que va cayendo el telón para finalizar el primer acto.

SEGUNDO ACTO

Al subir el telón, un grupo de viejas hacen su entrada al corredor donde se encuentran los departamentos de Rosa y Rafaela. Se mueven en conjunto como si fueran una procesión con aire de beatitud, casi cargando imaginariamente las estatuas religiosas de la cuaresma. Irmina las encabeza, traen para dar apoyo a Rosa, una imagen del Santo Padre para que la acompañe.

El grupo han sido notificados por Rafaela de la crisis que atraviesa Rosa y acuden a su consuelo; más no todo es piedad entre los motivos. Existen además curiosidad y disposiciones inquisitivas que vienen mano a mano con la "mano vecina". El abordaje es sutilmente satírico; situación que se combina con la burla, expuesta en ligera sobreactuación y señalamiento crítico a ese doble motivo. Se aprovecha la beatitud para inquirir sobre la vida de los demás y censurar su conducta. Un momento crítico en términos de la trama pues constituye el alivio humorístico.

Irmina toca a la puerta del apartamento de Rosa, ésta abre en una bata. Son las 9:30 A.M. y da señas de apenas estar saliendo de la cama.

Desde que comienzan a oírse señas del grupo en el corredor Rafaela se acerca al ojo de la puerta y permanece ahí hasta que el grupo entra. Se retira entonces a su cuarto para arreglarse...

Su ánimo es retraído; la persona que calladamente está aclarando algo en su interior.

Rosa: (Voz de adentro) -¿Quién llama?

Irmína: -Buenos días, doña Rosa. Somos el grupo de la congregación que veníamos a hacerle una visita.

Rosa: (Acercándose al ojo de la puerta)
¿Qué congregación?

Irmína: -Vecinas de Rafaela; ella nos dijo que usted pasaba por una situación difícil y veníamos a ver si podíamos ser de ayuda.

Rosa: -Un momento.

(Se ve ante el espejo acicalándose un poco, pues sabe que no tiene tiempo para arreglarse como le gustaría para recibir visitas. La llegada del grupo le toma de sorpresa y en ese momento se siente algo confusa entre el halago y la molestia que no le hayan avisado. Vuelve apresurada a abrir la puerta. Mientras tanto el grupo fuera ya ha comenzado a rumorar sobre la tardanza).

Rafaela, mirando todavía se divierte con toda la escena y cuando surgen los comentarios imprudentes hace esfuerzos por contener la risa, so riesgo de ser escuchada.

Aida: -A esta hora de la mañana y todavía en la cama, qué hociosa.

María: -Al que madruga Dios lo ayuda.

Irmina -Herманas, por favor.

(Llamando la atención, discretamente, pero fascinada a la vez por esa dimensión recriminatoria de la naturaleza humana que condena antes de escuchar. Sabe que su papel de líder, por ser más elocuente, le obliga a ser elemento de control, pero deja margen de discreción para ser igualmente chismosa.)

Rosa: (Abriendo la puerta). Adelante; excusen la facha, pero es que, ustedes saben, hay días que uno se levanta con un desánimo.

Irmina: -La hermana Rafaela nos dijo de su situación.

(El grupo comienza a repartirse los asientos disponibles y en camino a ellos se detienen en cada uno de los detalles que hay en el apartamento curioseando y mirándose unas a otras con disimulo y picardía).

Rafaela se retira del ojo de la puerta cuando entran.

Irmina: -Nosotras somos el grupo religioso de la comunidad; veníamos a ver si nuestra compañía podía ser de consuelo para usted, si se nos quería unir a un rosario.

Aida: (Con toque ligero de sarcasmo)- Qué bonita está su casa; tiene usted muchas cositas, ¿verdad? (mirando a las muchachas).

María: (Refiriéndose a una foto de Rosa con un hombre). ¿Este es su marido, Rosa?

Rosa: -Que Dios le haya dado descanso eterno.

Irmina: -Así sea.

María: -Era guapo su marido, señora; y tan bien vestido en esa foto.

- Rosa: -Hace seis años que murió y todavía echo de menos su cariño.
- Aida: (Mitad afirmativa, mitad inquiriendo)
¿Tuvo usted suerte en el matrimonio?
- Rosa: -Mucha. Me tocó un caballero; y siempre me trató como una reina.
- María: (Sarcástica) Parece un sueño.
- Rosa: -Puede usted o no creerlo.
- Aida: (Con sarcasmo)- ¡Qué dichosa!
- Rosa: -Que lo diga yo, la tristeza más grande fue perderlo, después de una enfermedad que me lo arrancó en vida.
- Irmina: -¿Cáncer?
- Rosa: -No, tuvo un derrame que lo dejó casi sin mente; la mente que era su tesoro máspreciado. Sufrí mucho los años que estuvo enfermo, hasta que lo llamó el Señor.
- Irmina: -Así sea. Pero de eso hace un tiempo; esa no es la situación que la está afectando ahora, ¿verdad? Al menos Rafaela nos mencionó otra cosa; me sorprende que no esté con nosotros.

- Rosa: (Ligeramente aparte y para si misma).
A mi me sorprende que no me haya
dicho que venían.
- Irmína: _Rafaela nos ha dicho que usted tiene un
hijo enfermo, que usted estaba indecisa
sobre si ir a atenderlo.
- Rosa: -Así es.
- Aida: ¿No es éste que está en la foto? es muy
linda su esposa. Gente fina. (Con un
toque de sarcasmo). ¿Porqué no la
tienen viviendo con ellos, parecen
tener recursos.
- Rosa: (Comenzando a molestarse con la
actitud mordaz de aida. Su reacción se
siente enérgica pero controlada). Lo son,
y yo vivo aquí porque me gusta ser inde-
pendiente y no meterme en la vida de nadie.
- Irmína: -No se ponga así, doña Rosa, que no le
hace bien.
- Rosa: _Tiene usted toda la razón; no me hace
nada de bien.
- Aida: (Con burla e ironía) - Qué sensitiva.

- Rosa: -Ustedes llegaron aquí porque se enteraron que yo tenía un problema, con intención de ayuda. Yo no fui a buscarlas.
- María: -No tiene que ser tan áspera.
- Rosa: -No voy a contestarle lo que usted se merece.
- Irmína: -Doña Rosa, se hace claro que usted necesita estar tranquila, mejor sería que nosotros nos retiremos. Le íbamos a proponer rezar un rosario, pero no creo que sea el mejor momento.
- Rosa: -Estoy de acuerdo. Le agradezco su intención pero no creo que sea el mejor momento.
- Irmína: -Ya sabe, losmartes y los jueves tenemos reuniones ecuménicas y los lunes y miércoles rezamos el rosario a las 5:00. Acompáñenos cuando usted guste.

(Van desfilando una a una para salir del departamento; hay intercambio de miradas hostiles con Aida y María que lo toman con el sarcasmo acostumbrado).

María: -Buenos días, doña Rosa.

Rosa: -Buenos días. (secamente)

Rafaela, que todavía se está arreglando sin mucha prisa, cae en cuenta del ruido de salida de la congregación y acude prontamente al ojo de la puerta. Contrariada, con expresión algo sorprendida pues las cosas han tomado otro curso, expresa facialmente que está pensando lo próximo que va a hacer. Escuchando los comentarios críticos en el corredor, decide esperar que se vaya la comitiva para ir al departamento de Rosa.

Aida: -Ave María, que señora más áspera.

María: -Una malcriada; malagradecida, nosotras que vinomos con las mejores intenciones de consolarla, y mira como nos trata.

Aida: -A mi que no vuelva ni a mirarme que ni un dedo levanto.

Irmína: (Irónicamente) -Una actitud muy cristiana.

Aida: -Amor con amor se paga, Irmína, tu siempre más beata que nadie. La señora nos salió con una malacrianza y tu lo sabes.

Irmína: Sí, es cierto; pero está en un momento difícil y el Señor dijo que había que poner la otra mejilla.

María: -Eso es bueno para los santos,
pero para nosotros los humanos...

(La conversación se da a medida
que esperan el elevador)

Irmina: (A medida que se montan y su voz
se va alejando) -El Señor es el maestro;
nuestra labor en la tierra es imitarlo,
tenerlo de ejemplo no es suficiente....

(Cuando las ecuménicas se
retiran, Rafaela se apresura
hacia el departamento de
Rosa. Toca en la puerta y
Rosa responde del interior.)

Rosa: -¿Quién llama?

Rafaela: -Soy yo, doña Rosa.

Rosa: -No le importaría venir más tarde;
yo paso por su casa cuando esté
repuesta.

Rafaela: -¿No se siente usted bien? ¿Vinieron
a verla las muchachas?

Rosa: -La verdad es que me gustaría estar
sola un rato; luego hablamos.

(Rafaela ahora se muestra
contrariada; siente que ha sido

un rechazo de Rosa, pero anticipa que lo ha provocado por enviarle al grupo des anturronas sin haberle avisado).

Rafaela: -Bueno, hablamos luego, si en algo puedo ayudarla, usted sabe que solo tiene que tocar a mi puerta.

Rosa: -Gracias Rafaela, hablamos luego.

Las luces se van a negro para sugerir el fin de la escena. Cuando vuelven a llenar el escenario esa tarde, Rosa sale presurosa de su departamento. Todavía maneja una molestia y un sentido de indignación que no ha podido conciliar ni integrar en si misma. Tiene que conseguir unos artículos del colmado y prefiere salir sola, sin la compañía de Rafaela para no tener que responder a un interrogatorio para el cual todavía no se siente lista.

Cuando baja el elevador, sentado en un banco de frente está don Ricardo; de guayabera y sombrero. Su mirada sugiere visión, lo frecuente de su sonrisa, buen humor. Cuando doña Rosa sale del elevador sube la vista del periódico y se encuentra con los ojos de ella directamente, del radio que tiene a su lado sale una música romántica de época y alusiva al sentimiento que parecen compartir de inmediato. Al verse, ambos sonrían, sosteniendo la mirada, motivados por el gusto y la curiosidad.

El se levanta de su silla, trata de apagar el radio, pero, con una torpeza que traiciona el hecho que se ha puesto nervioso, apenas logra levantarse para dar las buenas tardes. Ella le contesta las buenas tardes y sigue caminando; cuando le da la espalda Rosa no puede evitar una sonrisa, animada por la idea que todavía puede poner a un hombre nervioso. El, por su parte, también sonríe, pues a su edad todavía responde de forma torpe cuando le pase una mujer por el lado.

El escenario se va a negro para sugerir otro cambio de tiempo; cuando se encienden de nuevo las luces, Ricardo se encuentra, un rato después, hablando con Aguayo sobre las noticias políticas del momento. Ve a doña Rosa en la distancia cargada de dos bolsas pesadas del mercado; interrumpe la conversación y adelanta cuatro pasos para salir al encuentro de doña Rosa.

Ricardo: -Señora, buenas tardes otra vez,
¿me permite que la ayude?

Rosa: -Gracias, pero yo puedo sola.

Ricardo: -Valerse por si misma, no tengo la
menor duda. Sólo es un poco más
difícil. Déjeme ayudarle.

Rosa: Es usted muy galante, pero yo lo
conozco muy poco. Fíjese que voy
a preferir cargarlas yo; se lo
agradezco pero usted sabe como
habla la gente. Muchas gracias,
quizá en otra ocasión..

Ricardo: -Esperaré por ella.

Rosa: -Buenas tardes.

El escenario otra vez se va a negro. Se ilumina de nuevo cayendo la tarde en los apartamentos respectivos de Rosa y Rafaela. La segunda está cerrando su puerta para ir a la casa de su vecina, toca y espera respuesta.

Rosa: (Del interior) ¿Quién va? (Su tono es más tranquilo y amigable).

Rafaela: -Soy yo, doña Rosa. ¿Puedo pasar?

Rosa: -Claro, entre Rafaela (abriendo la puerta y haciéndole camino hasta el sofá).

Rafaela: A la verdad que estoy algo preocupada, lo último que hablamos fue de su problema con su hijo. Me tomé la libertad de mencionarlo a las hermanas de la religión y entiendo que vinieron a hacerle una visita. Luego me entero que usted estaba indispuesta. ¿Se encuentra mejor?

Rosa: -La verdad es que estoy más repuesta. Una salidita, aunque sea al supermercado es un cambio que anima.

Rafaela: ¿Cómo sigue su hijo? ¿Ha tenido noticias de él?

- Rosa: -Fíjese que sí. Anoche me llamaron para contarme de su mejoría. Ya salió de intensivo y está en proceso de recuperación.
- Rafaela: -¿No ha tenido complicaciones?
- Rosa: -Es temprano para saber pero todo parece marchar bien.
- Rafaela: -No se va de viaje entonces.
- Rosa: -De inmediato no parece ser necesario.
- Rafaela: -¡Qué bueno! Imagínese, usted recién llegada y que ya vaya a perderla.
- Rosa: -Estamos aquí prestados, Rafaela.
- Rafaela: Pero yo la noto cambiada, Rosa, ¿hay algo más que le haya pasado?
- Rosa: -No, nada particular, pero usted sabe que la vida está llena de pequeñas sorpresas.
- Rafaela: -A mi hace tiempo que todo lo que me da la vida, es rutina, soledad y tristeza. Ojalá tuviese una sorpresa.
- Rosa: -Tiene que darle oportunidad. Usted parece estar esperando un milagro que toque a su puerta y esos son más difíciles.

Rafaela: -No se burle de mi fe, doña Rosa.

Rosa: -No es burla; yo pienso que a la vida hay que darle chance ir a su encuentro, no esperar que venga donde uno.

Rafaela: -Y usted cree que yo no lo hago.

Rosa: ¿Porqué usted piensa que estoy hablando de usted? Quizá estoy hablando de mi misma?

Rafaela: ¿Quizás?, pero usted no es de la gente que cree en milagros.

Rosa: ¿Qué sabe usted? La verdad es que en estos tiempos, que Dios me tirara con un milagrito no estaría nada de mal.

Rafaela: -Usted habla de Dios con una irreverencia.

Rosa: -No Rafaela, yo hablo con familiaridad. Dios para mi, es mi amigo. Hablo con él libremente, con las palabras y los sentimientos que tengo, no con oraciones.

Rafaela: -Ah, así que tampoco le gustó la visita del grupo.

Rosa: -Pues fíjese usted; la verdad es que con todas las cosas que tengo en la cabeza

no he podido, quizá no he querido pensar en esa visita.

Rafaela: -Y, ¿hay mucho que pensar?

Rosa: -Pues sí; no me gusta llegar a conclusiones apresuradamente. Sí le puedo decir que mi primera reacción fue de molestia.

Rafaela: -¿Cómo es posible? Ellas vinieron a orar por usted.

Rosa: -Vinieron aquí a curiosar, a ver cómo yo vivía, y tuvieron la osadía de preguntar cosas que nada les importa, sin que yo las hubiese invitado.

Rafaela: -Yo les mencioné como un gesto de vecindad.

Rosa: -Le hubiese agradecido que me lo hubiera dicho a mi también.

Rafaela: -La verdad es que usted es muy sensitiva.

Rosa: -Bastante, es de las pocas cosas que me queda.

Rafaela: -Cuando hay gente que agradece tanto una visita.

Rosa: -Yo les agradezco también Rafaela; sobre todo cuando vienen de buena fe.

- Rafaela: -¿Pone usted en duda mis motivos?
- Rosa: -Yo no pongo en duda los motivos de nadie; y usted insiste en tomarlo personal. Usted vive muy a la defensiva, Rafaela.
- Rafaela: (Bajando un poco la guardia y adoptando papel de víctima). Usted es injusta.
- Rosa: -¿Injusta porqué?
- Rafaela: -Por lanzarme todas esas acusaciones.
- Rosa: -No creo que injusta, severa sí.
- Rafaela: -¿Y cómo las considera usted entonces?
- Rosa: Son observaciones, impresiones, que se yo. Cosas que a uno se le ocurren, reacciones. No veo porqué usted tiene que tomarlas tan a pecho.
- Rafaela: -Es que a veces me siento tan frágil; tan insegura. Por eso la religión me sirve tanto de ayuda.
- Rosa: -Yo comprendo que la religión sea muy importante para usted, pero no creo que es la cura de todos los males. La seguridad de la persona depende de la fuerza que nos da la naturaleza, además de la que nos da Dios.

Rafaela: -Dios es la fuerza suprema .

Rosa: -Eso yo no lo discuto (bosteza).

Rafaela: -Bueno, usted parece que está cansada. Ha tenido un día difícil, mejor me retiro.

Rosa: -La verdad es que estoy cansada; mañana continuamos conversando doña Rafaela.

Rafaela se retira dando las buenas noches y, a medida que se retira y abre su apartamento, las luces del escenario se van apagando para otra transición de tiempo.

Las luces vuelven a llenar el escenario; Ricardo está sentado en la banca del primer piso leyendo el periódico, esta vez sin el radio. Ocasionalmente mira hacia la puerta del elevador sugiriendo que aguarda. Don Norberto, otro vecino del residencial se le aproxima para hacer conversación, pero las señales no verbales que envía Ricardo son discretas pero claramente sugestivas de que no está en plano de conversación. Norberto se retira a otro banco también a mirar su periódico.

Rosa sale del ascensor y el interés de Ricardo se aviva notablemente. Esta ciertamente era la ocasión que estaba esperando. Norberto mira discretamente por encima del periódico y cayendo en cuenta de la situación; sonrío para si y se hace un comentario jovial.

Norberto: (Aparte) -No hay edad para el romance.

- Ricardo: -Buenos días doña Rosa.
- Rosa: -Buenos días don Ricardo.
- Ricardo: -¿Cómo se encuentra usted esta mañana?
- Rosa: -Bastante bien, con las preocupaciones de siempre, iba para la farmacia.
- Ricardo: -Fíjese que casualidad; yo tenía que ir también a conseguir unas vitaminas.
- Rosa: -¿Y usted toma vitaminas para la salud?
- Ricardo: -Cualquier cosa que ayude al vigor. ¿Le importa si la acompaño?
- Rosa: -Bueno, como están las cosas es preferible no andar sola ni de aquí a la esquina; los viejos somos un punto fácil para los delincuentes.
- Ricardo: -Más que por seguridad, lo sugería para tener el placer de su compañía.
- Rosa: -Muchas gracias (responde tratando de contener el rubor).

Ambos salen caminando del escenario, muy erguidos cada cual, mirando discretamente a los lados a ver si alguien los ha visto. Ella más preocupada que él por el qué dirán. La única persona alrededor

es Norberto que al verlos salir mira otra vez por encima del periódico y sonrío nuevamente.

Cuando están a punto de salir totalmente, Aida aparece en escena y alcanza a verlos a medida que se alejan. De inmediato se acerca a Norberto que permanece leyendo el periódico.

- Aida: -Bueno, que tenemos un idilio nuevo.
Estas cosas de viejos.
- Norberto: -¿A qué se refiere usted?
- Aida: -A esa parejita que acaba de salir;
no me diga usted que no se ha dado
cuenta.
- Norberto: -¿Cuénta de qué?
- Aida: -Cuenta de lo encantaditos que iban
juntos.
- Norberto: -La verdad es doña Aida que usted
tiene ojo de águila. Yo llevo un rato
sentado aquí y no he visto nada.
- Aida: -No ha visto nada; será usted ciego,
(aparte) o tonto.
- Norberto: -Quizá es que usted y yo miramos y
no vemos las mismas cosas.
- Aida: -La verdad es una, y está ahí para que
la veamos todos.
- Norberto: (Queriendo evitar un argumento) Sí,
doña Aida, debe ser que con la edad

me he puesto medio ciego y
más distraído en cuando a la vida
de los demás.

Aida: -¿Me está diciendo chismosa?

Norberto -Yo no he dicho nada de eso, pero el
que se pica es porque ajo come.

Aida: -Con cuidadito Norberto, no me falte
el respeto que yo soy una persona
muy seria.

Norberto: -No lo dudo doña Aida, no lo dudo.
Yo también soy muy serio.

Aida: -Será cuando no se está dando el palo.

Norberto: -Señora, lo que yo hago con mi vida
es cosa mía.

Aida: -Usted es de los que se pasa haciendo
escándalos por la noche, de los que
no deja a los vecinos dormir. Ya
todos estamos enterados.

Norberto: -Si me va a acusar, más vale que
tenga pruebas.

Aida: -No me falte el respeto, viejo
impertinente.

Norberto: -Ni usted a mi, (aparte) vieja entrometida, chismosa. (Comenta para sí a medida que Aida se aleja y él retorna a su periódico). Las luces vuelven a apagarse para sugerir transición de tiempo y secuencia de acción.

(Ricardo y Rosa regresan con unas bolsas; en el contenido de su conversación se destaca el humor y la alegría).

Ricardo: -Así que estuvo usted casada por cuarenta y seis años con el mismo hombre.

Rosa: -Dios lo tenga en la gloria; pues en la tierra fue un santo.

Ricardo: -Válgame, que son escasos los santos en la tierra.

Rosa: -Así es; yo tuve esa suerte.

Ricardo: -Oiga doña Rosa; sigue usted prendada al difunto, digo, de su marido; o piensa usted que los hombres no somos tan malos como dicen las mujeres.

Rosa: -No se puede hablar de todos.

Ricardo: ¡Qué bien!

Rosa: -¿Que si todavía vivo con la imagen
— de mi esposo. Sí, claro que me
acompaña. No se pueden hacer a un
lado tantos años de recuerdos; sobre
todo si son buenos.

Ricardo: ¿Cómo ha llegado usted a ser una
persona tan razonable?

Rosa: -No sé, quizá porque he aprendido a
pensar antes de hablar. Hay que
controlar el carácter para no tener
que arrepentirse. Pero, ¿y usted don
Ricardo?, ¿cuáles han sido sus expe-
riencias?

Ricardo: -No tan afortunadas como las suyas.
Estuve casado por muchos años con
una mujer con quien no había mucha
comprensión. Criamos los hijos, se
fueron y decidimos que no había razones
para que siguiéramos juntos.

Rosa: ¿Sobrevive ella?

Ricardo: Si, pero no nos hablamos mucho. Ella
tiene su vida y yo la mía. Se fué al

de emergencia.

Rafaela: -¡Una ambulancia! ¡Llévenme al hospital por favor!

Emilia: Pues llámelo rápido.

Rafaela: (Teniendo en cuenta la contradicción que representa ir en el coche de quien considera antagonista y, consciente a la vez de que su conducta tiene demasiados testigos y que no puede darle marcha atrás sin perder cara se reitera en la ambulancia). Una ambulancia, por favor.

Emilia: (Inconsciente de las implicaciones que la situación tiene para Rafaela y preocupada mayormente por el cuadro físico que ésta presenta insiste con Rosa para que busque a Ricardo. Llámelo Rosa, por favor, que esta situación no espera.

Rosa: (Sale a buscar a Ricardo con algo de aprehensión).

Escena
(Vestíbulo)

Ricardo: (Con humor). Caray, no esperaba

que todo se resolviera tan rápidamente.

Rosa: -No es eso. Es que se ha puesto mala de nuevo.

Ricardo: -Salgo para allá inmediatamente.

Rafaela: (Confundida ante la situación se da de lleno a su cuadro agudo a manera de evadir el modo como se acentúa su contradicción). Llénenme al hospital, por favor.

Escena

(Apt. Rafaela) Rosa: -Don Ricardo está en camino para llevarla Rafaela, no se preocupe.

Emilia: (Aparte) Al que no quiere sopa, que le den tres tazas.

(La escena se va a negro y se reanuda en el apartamento de Rosa esa noche; ambos acaban de regresar del hospital y ella ha accedido finalmente a que él la visite.

Rosa: -Me parece que recibirlo es como echarle leña al fuego.

Ricardo: (Con humor y picardía) Leña al fuego.

- Rosa: -Usted no puede tomarse nada en serio en un momento como éste.
- Ricardo: -Tan sólo repetió lo que dijo usted.
- Rosa: -No me siga bromeando. Le parece poco lo que ha pasado. Todas las pruebas dieron negativas. Y las viejas que le hacen escolta a Rafaela me culpan de su ataque.
- Ricardo: -¿Y cómo es posible?
- Rosa: -Se puso grave cuando estaba discutiendo conmigo.
- Ricardo: -Usted parece que ya se siente culpable.
- Rosa: -¿No le parece razonable la duda?
- Ricardo: -Nunca me ha gustado la culpa.
- Rosa: -No es culpa; cuando a uno se le acusa.
- Ricardo: -¿Le va a dar la razón a esas viejas?
- Rosa: -Viejos somos usted y yo también.
- Ricardo: (Con humor) Me alegra que tengamos eso en común.
- Rosa: -No sé si la vejez es lo más deseable para tener en común.

Ricardo: -Oiga Rosa, que no creo que estar viejo sea tan malo, ni que tampoco sea eso lo único que tenemos en común.

Rosa: -Quién sabe.

Ricardo: -Ya no se ve usted tan preocupada.

Rosa: -No crea que me siento ajena a lo de Rafaela. A veces pienso que es mi amistad con usted parte de lo que provocó el incidente.

Ricardo: -Los amigos no le hacen daño a nadie.

Rosa: -Usted se sorprendería.

Ricardo: (Con humor) Me siento que se me ha envuelto en una intriga de celos.

Rosa: -No se burle que es serio.

Ricardo: -Usted insiste en la gravedad del asunto; A mi me parece divertido.

Rosa: Puede que sea un cínico.

Ricardo: -Que no quiera ser parte de un melodrama no quiere decir que sea cínico.

Rosa: -¿Y cómo lo llamaría usted?

Ricardo: -Menos serio.

Ricardo: -¿Y eso es bueno?

Rosa: -Usted siempre con sus gracias.

Es agradable tener alguien con quien hablar, no que se sienta uno que está sentado en el banco de los acusados, o que la vida no depende de la próxima palabra que uno diga.

Ricardo: -¿Se siente usted así cuando habla conmigo?

Rosa: -Algo.

Ricardo: -Es una buena señal; ¿no le parece?

Rosa: -La base de una buena amistad.

Ricardo: -Yo no estaba pensando en esos términos.

Rosa: -¿Por qué a los hombres les cuesta tanto tener amistad con las mujeres?

Ricardo: -Eso depende del hombre y de la mujer. Hay mujeres con quien yo podría tener amistad, hay otras que no quiero ni que me miren y una que otra que a uno le gusta.

Rosa: -¿Le gustan a usted las mujeres?

Ricardo: -¿Y a usted? ¿Le han dejado de gustar los hombres?

Rosa: -Bueno, no pero no estaba hablando de mi.

Ricardo: -Todo el tiempo has estado hablando de ti Rosa, al menos es todo lo que yo escucho.

Rosa: -Ricardo, no se tome usted esas libertades, que no le he dado la confianza.

Ricardo: -Ponga usted las reglas, pero dígame, ¿qué hace falta para que usted se vuelva a enamorar?

Rosa: (Suelta una carcajada que es mitad nerviosa - mitad de alegría). Ja, no me haga usted reir Ricardo. A estas alturas.

Ricardo: -¿Qué de malo tienen estas alturas?

Rosa: -Ya he tenido suficientes desengaños. Cuando enviudé puse punto al romance; a mi marido lo quiso mucho.

Ricardo: Guarda recuerdos gratos; eso es bueno. Pero que haya querido una vez no quiere decir que no se pueda querer de nuevo.

Rosa: -¿Cuál de los temas? (Señala todavía con tono humorístico) es que tu sabes que a los viejos nos falla la memoria.

Ricardo: -Tú sabes.

Rosa: -¡Qué libertades!

Ricardo: -Rosa, ¿porqué tu no viejes acá y me das un beso?

Rosa: -Ricardo, ¿porqué tu no vienes acá y me lo das a mí?

Ricardo: -Con gusto. (Va y la besa). Rosa, es tarde. ¿Por qué no hacemos el amor?

Rosa: -¿Tan ligero?

Ricardo: -¿Para cuando lo vamos a dejar?

Rosa: -Para viejos.

Ricardo: -Entonces no tenemos que esperar nada. (Cae el telón a medida que la pareja se acerca de brazos a la puerta del dormitorio.)

SEMINARIO MULTIDISCIPLINARIO
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS

filete de lomillo, primera categoría. Pedro, presentas o tendré que agenciármelas por mi cuenta.

Pedro: (Conocedor, ligeramente molesto pero encima de la situación atiende primero a Rosa.

- "Que no sea esta su primera impresión de la comunidad. En realidad son pocos los vecinos como Ramón, que le hace falta lo pongan en su sitio.

Ramón: -¿Me pongan en mi sitio? Perdóneme señora, mi intención es darle la bienvenida a la comunidad y ponerme a sus servicios.

Rosa: (Con algo de picardía, a pesar de que reconoce que Ramón se recupera de su ebriedad). - Muchas gracias.

Ramón: -Aprovecho para decirle, señora, que buena usted está.

Rosa: (Ligeramente molesta, pero halagada)
-¿No cree usted que estamos algo pasados de edad para esas cosas?

Ramón: -La belleza no tiene edad y los ojos del alma van más allá de la apariencia.

Rosa: -El comentario me pareció que respondía más a los ojos del cuerpo.

Ramón: -La dejo que lo ponga en duda.

Rosa: -Lo pensaré.

Ramón: - Ramón Aguayo para servirla.

Pedro: -Bueno, doña Rosa, aquí le dejo sus maletas; sus muebles están llegando poco a poco. Le doy una mano cuando estén completos.

Rosa: -Gracias hijo, has sido de gran ayuda. En otras circunstancias te daría una propina, pero te podrás imaginar que si uno se muda aquí es porque está escaso de dinero.

Pedro: -No se preocupe señora, es parte de mi trabajo y para usted yo lo hago con gusto.

Rosa: -Le agradezco su caballerosidad. En cuanto ponga la casa en orden lo voy a invitar a un cafecito.

Pedro: -Gracias doña, no es necesario; pero
acepto.

A través del transcurso de esta conversación, que se lleva a cabo en el pasillo central, Rafaela, que estaba en la cocina preparándose un café, se va aproximando lentamente a la puerta para oír y luego mirar por el ojo de la puerta con curiosidad. A medida que Pedro se aleja, cuando Rosa se disponía a cerrar la puerta de su apartamento, Rafaela abre la suya.

Rafaela: -Buenos días (tímidamente).

Rosa: -Buenos días tenga usted.

Rafaela: -Parece que vamos a ser vecinas.

Rosa: -Así parece; mi nombre es Rosa
de los Remedios Madera. Como usted
puede ver, apenas comienzo a mudarme.

Rafaela: -Yo soy Rafaela Martínez y vivo
aquí al frente. Estaba colando un
traguito de café, porque no pasa
por mi casa y me acompaña.

Rosa: -¡Cómo no! Hasta que no llegue la
mudanza no tengo ni donde sentarme.
Muy gentil de su parte.

Ambas entran al apartamento de Rafaela.

Rafaela: -La buena vecindad es una de las cosas que no hay en este residencial. Todo el mundo vive encerrado en su casa. Varias personas se han muerto y las vienen a encontrar por la peste.

Rosa: -¡Qué barbaridad!

Rafaela: -Desde que me mudé siempre me he sentido tan sola...

Rosa: -Dígame más de usted, Rafaela. Yo la noto tan triste.

Rafaela: -De mi se habrá de enterar por los vecinos bien pronto. Hábleme de usted primero.

Rosa: (Reflexiva) -Déjeme pensar... por dónde empiezo.

Rafaela: -¡Cualquiera diría que tiene cosas que ocultar!

Rosa: -¿No las tenemos todos?

Rafaela: -No todos, algunos vivimos con la conciencia tranquila.

Rosa: -Quizá equivoque las palabras. La intimidad es cosa delicada y no es fácil revelarlo todo.

Rafaela: - Me imagino que usted está hablando de sí misma.

Rosa: -Quizá, me sorprende que usted se sienta tan libre de conciencia.

Rafaela: -El Señor guía mis pasos; yo soy una humilde servidora de sus mandatos.

Rosa: -Respeto su devoción, pero para mi, es algo más personal. *

Rafaela: -La fe para mi es todo, mi tabla de salvación.

Rosa: -En momentos difíciles yo he recurrido a la fuerza de mi interior. Y lo más que me complace es que he logrado mantener el humor.

Rafaela: -¿Y eso para usted es un logro?

Rosa: -¿Que si es un logro? El humor nos hace más fácil caminar la calle dura de la vida.

Rafaela: -Cada cual con lo suyo.

Rosa: -Así es. Pues bien. Mi nombre es Rosa Milagros Madera y tengo 78 años. Aunque me crié en el campo, la mitad más importante de mi vida la pasé en la ciudad.

-Soy viuda hace dos años; mi marido murió tras años de una enfermedad que me lo quitó antes que lo enterrara. Pero esa es una de las partes más difíciles de mi vida y mejor tratamos las más livianas.

Nací en un barrio cafetalero de Adjuntas; mi abuelo era de los mayorquines que vinieron a cosechar ese fruto. Junto a mi padre, lograron levantar una hacienda que se vino abajo con el auge que tomó la caña. Fue el tiempo en que las mujeres nos dimos a la tarea de salvar el hogar. La costura a domicilio se hizo medio de ganarse la vida, y eso hicimos mi mamá y mis hermanas.

Rafaela: - Yo soy de esa época también. Fueron muchas las noches que pasé cosiendo hasta que los ojos no me alcanzaban para más.

Rosa: -Tiempos aquellos. Pero yo no tengo grandes quejas. En mi juventud conocí

a un hombre maravilloso; guapo, galante, me escribía versos de amor hasta los últimos días que conservó su mente clara.

Rafaela: -¿Qué le pasó a su esposo?

Rosa: -Ya llegaremos a eso.

Tocan a la puerta. Pedro, acompañado de Ramón y Ricardo traen parte de la mudanza, entre los cuatro comienzan a acomodarla en el apartamento de Rosa. Rafaela, algo renuente a involucrase con los dos vecinos que ayudan, mantiene algo de distancia pero concede a la curiosidad.

Pedro: -Doña Rosa.

Rosa: -Estoy acá Pedro, en casa de Rafaela.
¡Qué bueno que llegaron mis cosas!

Rafaela: (Cuando Rosa abre la puerta y ve la ayuda se le escapa un comentario que intenta decir apenas para si, pero que se le escapa.) ¿Y esa ayuda?

Rosa: -Menos carga, Rafaela, ayuda al fin.

Rafaela: -Aquí nada se hace sin interés, tenga cuidado señora que usted no conoce.

Rosa: (La oye pero opta por no responder añadiéndose a cargar bultos).

Ramón: -Por aquí otra vez, para que vea que la bienvenida fué genuina.

Rafaela: (Sarcásticamente) ¡Ujú!

Ramón: -¿Dijo usted algo, Rafaela?

Rafaela: -No, nada.

Ramón: -Ah. Hasta nos trajimos a Ricardito para que dé una ayuda. El está viejo, bendito, pero es buena gente.

Ricardo: -Buenos días.

Ramón: -Ricardo, esta es doña Rosa, a Rafaela me imagino que la conoces ya.

Ricardo: -Encantado señora, saludos Rafaela, es un placer verla.

Rafaela: -El placer es suyo.

Ricardo: -Dale con la vieja esta; que usted no cambia con lo estrujao doña.

Rafaela: -Estrujao usted, viejo borracho.

Rosa: -Señores, no saben cuánto les agradezco su ayuda. La verdad es que han ayudado a que me empiece a sentir en mi casa. Muchas gracias.

Ramón: -A la órden señora, estamos para servir.

Rosa: - -En cuanto tenga mis cosas en orden, les invito a un cafecito.

Ricardo: -Estamos a la orden.

A medida que se van retirando comienzan las reacciones entre los varones en el pasillo, mientras esperan por el ascensor.

Pedro: -Si llego a saber que ibas a ponerte con eso no acepto tu ayuda.

Ramón: -Es la Rafaela esa, tu la conoces; toma santos hasta en el caldo y no se de qué le sirven, vieja amargada.

Ricardo: ¡Qué falta de comprensión, Señor; qué difícil es convivir!

Ramón: -Ella es la que presume. Yo de santo no tengo un pelo.

Pedro: -Eso lo sabemos Ramón.

Los tres se ríen y entran al ascensor.

Rosa y Rafaela se han quedado solas en el apartamento que ha comenzado a llenarse de cajas.

Rafaela: -No le digo. Son una partida de sinverguenzas. Ayuditas ni ayuditas, a mi que no me vengan con esos cuentos.

Rosa: -Que desconfianza, Rafaela. La verdad es que a mi me hicieron la tarea más llevadera.

Rafaela: -Vaya usted a saber por qué.

A medida que Rosa comienza a desempacar.....

Rafaela: -Rosa, qué muchas cosas bonitas
tiene usted aquí.

Rosa: (Con añoranza) -Lo que queda de ello.
Nunca fuimos ricos. Pero en una que
otra ocasión sobró un dinerito para que
tratáramos de rodearnos de cosas
hermosas.

Rafaela: -Ha tenido usted suerte en la vida,
Rosa.

Rosa: -No se deje usted llevar por las apa-
riencias Rafaela; todos tenemos buenos
y malos momentos en la vida.

Rafaela: -Yo cuando miro atrás, lo más que
alcanzo a ver es tristezas.

Rosa: -Todos hemos tenido buenos momentos
Rafaela, muchas veces es cuestión de
saberlos reconocer.

Rafaela: -Unos tienen más suerte que otros...

Rosa: -No lo puedo negar, pero también
me parece que cada cual hace algo
de su suerte.

La oscuridad concede suficiente tiempo para un cambio de ropa; ambas están ligeramente más vestidas, de chinelas caseras se ponen zapatos y de las batas de diario un traje sencillo.

La acción se reinicia cuando Rosa sale de su departamento. Rafaela, con aires visibles de ansiedad, está pendiente a cada detalle. La encontramos bajando el fuego de la sopa y poniendo las viandas en un hornito. La casa, que tenía antes una que otra pieza de vestir en los muebles, está recogida. Cuando oye la puerta del departamento de Rosa, Rafaela se sobresalta un poco, apresurándose a responder. Por lo que a la primera vez que Rosa toca, Rafaela la recibe.

Rosa: -Hola doña Rafaela, qué elegante se ha puesto, y que olores salen de la cocina.

Rafaela: -Lo que una buena vecina se merece. Pase, vamos a sentarnos. ¿Qué tal estuvo su siesta?

Rosa: -Muy bien, me siento más repuesta. Cuando me levanté, arreglé unas cuantas cositas; usted sabe, por aquello de sentirme más en casa.

Rafaela: -La oí, pero no quise ofrecerme. A una también le gusta estar ratos con uno mismo.

Rosa: -Así es; tengo tantos recuerdos.
Memorias que le llenan a uno la
soledad.

No quiero causar malas impresiones, pero traje una botella de vino; la compré una vez para unos invitados que nunca llegaron.

Rafaela: -Yo no acostumbro, excepto en ocasiones especiales. (Se detiene y reflexiona) Y ésta es una ocasión especial.

Rosa: -Naturalmente.

Rafaela: -El párraco de mi iglesia, dice que dos copitas al día ayudan a la circulación. A mi me parece algo libertino, ¿no cree usted?

Rosa: -A mi se me parece cosa de costumbre, en Europa, se toma en vez de agua.
Rafaela, esta sopa de pollo le ha quedado deliciosa y las viandas justamente cocidas. Hacía un tiempo que no comía una buena comida casera.

Rafaela: -Eso de preparar platos para comer uno solo desanima a cualquiera.

Rosa: -Así me siento yo; quizá podemos
hacer un arreglo entre las dos
para compartir una que otra comida.

Rafaela: -Me parece una buena idea.

Rosa: -Con la condición de que sea justo
para las dos.

Rafaela: -De acuerdo.

Rosa: -A nuestra edad ya hemos cumplido
con demasiadas obligaciones.

Rafaela: (Comienza a levantar la copa para
brindar pero se detiene). -Yo quisiera
estar de acuerdo,

Rosa: -¿Pero?

Rafaela: -Pero como que hay algo en mi
interior que me repite: ésto es un
valle de lágrimas; la salvación es de
otra vida; aquí nos toca sobrellevar
la corona de espinas.

Rosa: -Cristo llevó la cruz y la corona
para que fuésemos libres.

Rafaela: Sí, pero también vino a dejarnos
el ejemplo de cómo el sufrimiento
es el cordero que lava los pecados
del mundo. Hay que sufrir para salvarse.